

La pobreza de los Nobel de Economía

El texto realiza una reflexión crítica acerca de la concesión del Nobel de Economía a Abhijit Banerjee, Esther Duflo y Michael Kremer el pasado mes de octubre. A lo largo de este artículo los dos autores argumentan y rebaten tanto las cuestiones metodológicas como las implicaciones teóricas más generales relacionadas con las propuestas de los recién laureados.

La concesión del Nobel de Economía a Abhijit Banerjee, Esther Duflo y Michael Kremer por su «planteamiento experimental que ha contribuido a transformar la economía del desarrollo, ámbito de investigación sobre las causas de la pobreza global y cómo combatirla» parece un cortocircuito en el debate de la ciencia económica como disciplina académica.

Los medios de comunicación han aplaudido con entusiasmo la decisión del Banco de Suecia por haber puesto por fin el foco de atención en aquellos individuos más golpeados por el capitalismo, en línea con los Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas. Otros han hablado incluso de una “revolución”, por haber primado la metodología empírica frente a la aproximación teórica, como sigue ocurriendo la mayoría de las veces. Teniendo en cuenta que sería necesario repensar lo que realmente se entiende por teoría, sin querer banalizarla mediante una formalización matemático –analítica, en una mirada más atenta sobre los recientes ganadores del Nobel no se nos puede escapar que su metodología se mueve dentro de un perímetro teórico bien definido: «el individualismo (metodológico) que es utilizado –como explica la misma Esther Duflo– para abordar el tema de la pobreza con una fuerte base empírica, mediante datos y análisis econométrico, y no con instrumentos ineficaces relacionados con la «ignorancia, la ideología e la inercia».¹

Marta Fana es doctora en Economía, especializada en mercado de trabajo

Luca Giangregorio es doctorando en ciencias sociales en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona

¹ Véase: <https://www.theguardian.com/business/live/2019/oct/14/nobel-prize-in-economic-sciences-2019-sveriges-riksbank-live-updates>

Los tres economistas son los principales exponentes del planteamiento experimental como metodología de análisis en las ciencias sociales, que consiste en aplicar un enfoque microeconómico al comportamiento de los individuos que participan en programas de intervención social mientras son objeto de observación. La idea consiste, básicamente, en reproducir un clásico experimento de laboratorio que sea capaz de separar la discrecionalidad del “científico-economista” de las verdaderas causas de un fenómeno o, como en la mayoría de los casos, de la eficacia (o ineficacia) de algunas políticas de ayuda.

Eso significa autorizar microintervenciones para ayudar a individuos o familias a salir de la pobreza. En esto básicamente consiste la lucha contra la pobreza global de los tres economistas a los que el Banco de Suecia atribuye el Nobel.

Hagamos ahora algunas reflexiones sobre pobreza global. Utilizando como umbral de pobreza (la *ethical poverty line*, de Peter Edward)² los 7,40 dólares por día, como mínimo para garantizar un nivel nutricional digno y una expectativa de vida normal, la pobreza afecta el 56% de la población mundial, según los datos del Banco Mundial.³ Ese dato representa 4.115 millones de personas. En 1991 eran 3.183 millones (el 70% de la población mundial). El total de pobres ascendió, aunque menos que el incremento de la población mundial. Y ¿dónde disminuyó la pobreza? Principalmente en el Sureste asiático y, sobre todo, en China donde el porcentaje de pobreza –siempre utilizando como umbral los 7,40 \$/día– pasó del 99% en 1981 al 43% en 2015: alrededor de 1.000 millones de personas salieron de la condición de pobreza. Ahora bien, ¿cómo pueden los microexperimentos, que utilizan un número muy reducido de individuos, explicar hechos tan importantes que mueven la historia y el progreso social? La respuesta es sencilla: de ninguna manera. En este sentido, la historia de China muestra cómo no es el mercado, ni las políticas neoliberales, ni el progreso tecnológico incontrolado lo que determina la mejora de las condiciones materiales de los individuos. Lo que sí es determinante es tener una idea precisa de la dirección de las políticas públicas, una economía regulada y soberana y una política económica basada en una política industrial orientada al medio y largo plazo.

Además, utilizar como medida de pobreza un índice puramente monetario, el ingreso, no implica automáticamente considerar un nivel de vida *digno*. El planteamiento multidimensional propuesto por otro Nobel de Economía, Amartya Sen, muestra que utilizar solo una medida monetaria subestima un problema tan complejo como es el de la pobreza.

Son reflexiones que no podemos dejar al margen cuando pensamos en la metodología de los nuevos Nobel de Economía: los ensayos controlados aleatorios (en inglés *randomi-*

² P. Edward, «The ethical poverty line: a moral quantification of absolute poverty», *Third World Quarterly*, 27:2, 2006, pp. 377-393.

³ Véase: <https://www.theguardian.com/global-development-professionals-network/2015/nov/01/global-poverty-is-worse-than-you-think-could-you-live-on-190-a-day>

zed controlled treatments, RCT), que parecen neutrales frente a las teorías e ideologías dominantes.

La crítica metodológica

Los problemas técnicos de los ensayos aleatorios han sido ilustrados por economistas y econométricos, como James Heckman.⁴ Entre los principales, hay que señalar un problema de generalización, o de validez externa, en términos técnicos. Un experimento en un grupo de individuos o familias en un determinado contexto social y cultural, en un periodo histórico dado y en una región o ciudad dadas, puede no funcionar o dar resultados totalmente diferentes en otros contextos. Y en ese sentido precisamente, las condiciones socioeconómicas se caracterizan por ser fenómenos complejos y heterogéneos.

Además, es posible que se generen externalidades positivas entre las personas objeto de experimentación, alterando así el efecto real del programa que se está realizando.

Otro problema procede tanto del llamado *efecto Hawthorne*⁵ como del *efecto John Henry*.⁶ En el primero, los individuos que participan en el experimento saben que forman parte de un análisis y que son evaluados, y saben que pertenecen al *grupo de tratamiento*, y pueden, por ejemplo, favorecer comportamientos que confirmen las hipótesis de investigación, aunque estas efectivamente no existan.

El *efecto Henry* es el equivalente por el lado del *grupo de control*: estos individuos pueden emular el comportamiento de los individuos objetos de tratamiento y competir con ellos como respuesta a su exclusión.

Por su parte, el economista australiano Martin Ravallion⁷ añade otro elemento importante a la crítica sobre el enfoque experimental: la ética. Si desde siempre el ser humano ha tenido que confrontarse con los conceptos del bien y del mal, entonces es lícito pensar que

⁴ J. Heckman, «Randomization and social policy evaluation», *NBER Technical Paper*, núm. 107, National Bureau of Economic Research, Cambridge (MA, EEUU), 1991 (actualizado enero de 2020), disponible en: <https://www.nber.org/papers/t0107.pdf>

⁵ E. Mayo, *The Human problems of an industrial civilization*, MacMillan, Nueva York, 1993, pp. 55-73; F.J. Roethlisberg, W.J. Dickson, *Management and the worker*, Harvard University Press, Cambridge (MA, EEUU), 1939.

⁶ G. Saretsky, «The OEO P.C. Experiment and the John Henry effect», *Phi Delta Kappan*, Vol. 53, núm. 9, mayo de 1972, pp. 579-581, disponible en: <https://www.oxfordreference.com/view/10.1093/oi/authority.20110803100022139>

⁷ M. Ravallion, «Should the randomistas (continue to) rule?», Center for Global Development, documento de trabajo núm. 492, CGD, Washington DC, agosto de 2018, disponible en: <https://www.cgdev.org/sites/default/files/should-randomistas-continue-rule.pdf>

en Economía y, sobre todo, en el *welfarismo*/utilitarismo, el juicio ético sobre los medios no es relevante porque lo que cuenta es el fin mismo. Esto significa que no es necesario preocuparse por la ética de las metodologías de investigación si estas son capaces de generar nuevo conocimiento. ¿Es éticamente correcto excluir a personas igualmente pobres de un proyecto de ayudas solo por hacer un experimento? No, cuando la lucha concreta y efectiva a la pobreza no se basa en la utilización de un planteamiento microeconómico. Para los RCT, los individuos son solo un medio, y no el fin.

Es decir, son conejillos de Indias. Los “randomistas” creen que asignar los individuos a los grupos de tratamiento o de control al azar es deontológicamente justo porque es neutral y sin juicios. De hecho, así se asume: todos los individuos de los experimentos son iguales, con la misma intensidad de pobreza y necesidad de ayuda, y la misma personalidad, condiciones materiales y psicológicas. Esta es una hipótesis muy drástica que a menudo no se corresponde con la realidad. Sin embargo, los límites aquí comentados no son los únicos ni tampoco los más significativos.

La crítica teórica: una cuestión de hegemonía

En un sentido más amplio, hay que reconocer que los “randomistas” intervienen directamente en el significado de la economía, considerándola no una ciencia social, sino como ciencia semejante a la física o las matemáticas, afirmando un vínculo directo y determinista entre hechos económicos, metodología e individuos. Esto significa que un resultado es científicamente válido sí y solo sí es el resultado de un experimento o de cualquier otra metodología empírica que permite medir relaciones causales. Esther Duflo sostiene que el objetivo es el desarrollo de una nueva metodología para que «la lucha contra la pobreza pueda fundamentarse sobre una base científica».⁸ También Michael Kremer admite que el trabajo de los “randomistas”, es decir su trabajo, consiste en cruzar «problemas prácticos como la pobreza con el rigor intelectual».

Esta es una visión coherente con la ideología y cultura dominantes, según las cuales las decisiones políticas –lejos de ser el resultado de relaciones de fuerza y poder entre clases sociales en constante dialéctica y tensión– son el resultado de planteamientos científico-técnicos que asesoran a los políticos sobre la metodología y las acciones más eficaces que se deben llevar a cabo.

⁸ A. V. Banerjee, E. Duflo, M. Kremer, «The influence of Randomized Controlled Trials on development economics research and on development policy», conferencia preparada para *The State of Economics, The State of the World*, Banco Mundial, 11 de septiembre de 2016, disponible en: <https://scholar.harvard.edu/files/kremer/files/the-influence-of-rcts-on-developmental-economics-research-and-development-policy.pdf>

Esta tendencia hegemónica es la misma que se desarrolló en las últimas décadas en los departamentos de Economía más punteros de las ciencias sociales. De hecho, lo que se necesita cada vez más para publicar en las revistas académicas de impacto es demostrar el control de la metodología empírica, y poco interesa cuál es la pregunta de investigación a la que se quiere intentar responder: para testar el nivel intelectual es suficiente mostrar una fuerte tendencia al razonamiento cuantitativo. Consecuentemente, a menudo la investigación económica cuestiona minucias y no los fenómenos más complejos que afectan a la sociedad y a las relaciones socioeconómicas. Cuestiones como el poder, la redistribución de los ingresos y la riqueza o las dinámicas del sistema político y económico son ignorados como resultado de la parálisis del pensamiento dominante, que tan bien se explicita en la tendencia al *publish or perish* (“publica o muere”).

**Para publicar en las revistas académicas hay que demostrar
el control de la metodología empírica, interesando
poco la pregunta de investigación**

Esta situación crea también un problema de autoselección por parte de los académicos de las metodologías y teorías necesarias para publicar y seguir en la vida académica. Antonio Gramsci en su obra más importante, *Cuadernos de la cárcel*, explica la necesidad de la figura del intelectual para que una clase social pueda dominar sobre las otras a través de una hegemonía cultural e ideológica. En este sentido, el objetivo del “publica o muere” es atraer más *intelectuales orgánicos* al fin de reforzar la hegemonía de la clase dominante.

Así, cuando no son ignoradas, las teorías alternativas y heterodoxas son acusadas de “negacionismo científico”. Por ejemplo, en Francia los economistas Pierre Cahuc y André Zylberberg en su libro *El negacionismo económico*.

Un manifiesto contra los economistas secuestrados por su ideología (Ed. Deusto, 2018), explican que los colegas que critican la teoría dominante –neoliberal– tienen que ser erradicados a través del rigor metodológico. Al respecto, uno de los debates más violentos en la historia de las últimas décadas giró en torno a los efectos sobre la ocupación de la aplicación de la jornada de trabajo a 35 horas. El centro del debate estaba situado, nada más y nada menos, que en el derecho al pluralismo económico teórico y metodológico contra el cual actuó también Jean Tirole, otro Nobel, con una carta enviada al entonces Ministro de Universidad e Investigación francés en la que acusaba al pluralismo de ser «la antesala del oscurantismo». La respuesta por el lado contrario fue un panfleto, *Misère du scientisme en*

économie,⁹ donde el grupo de los Economistes Atterrèes y la Asociación Francesa de Economía Política rebaten punto por punto las tesis de Cahuc y Zylberberg.

El ejemplo francés es útil para reconocer que es en el campo de las ideas y las teorías donde se genera nuevo saber y, sobre todo, que es un campo en el que es necesaria la confrontación. Frente a la intransigencia del *mainstream* en contra de teorías y métodos alternativos, la aparente simplicidad y neutralidad de los experimentos aleatorios, libres del fundamento teórico, oculta una continuidad inapelable. El pensamiento dominante no admite alternativas y se arroja en su contra agitando sus palancas de poder.

La continuidad teórica

Los experimentos aleatorios se desarrollan en un contexto teórico único, en el cual la economía es simplemente la reacción comportamental de los individuos (trabajadores, empresas, consumidores, bancos, etc.), que frente a la escasez de recursos se mueven con racionalidad y con comportamientos que cambian en función de incentivos individuales. Ninguna relación social, ninguna relación de poder, ningún contexto histórico está presente en los experimentos aleatorios, y esto es perfectamente coherente con la teoría económica utilitarista (o marginal).

La pregunta en este caso no es por qué existe la pobreza como fenómeno histórico-social, sino cómo un único individuo puede salir de esta condición material con acciones específicas para sí mismo y/o a su familia. Las consecuencias teóricas y políticas son claras. De hecho, focalizarse en las micro-muestras de una población entera sin considerar los escenarios socioeconómicos parece en línea con la escuela económica austriaca y con la idea robinsoniana de la economía: el estudio de los comportamientos individuales como relación entre la maximización de la utilidad (el fin) y la escasez de los medios disponibles. Esta visión ha sido reforzada con la moderna teoría de los incentivos (*mechanism design*), por la que fue concedido el Nobel en el año 2007 a Eric Maskin, Roger Myerson y Leonid Hurwicz, teoría que el mismo Banerjee reivindica como «el área de investigación económica con el mayor éxito en los últimos años». Los individuos están en el centro del mundo económico y ya que el mercado falla y la mano invisible no funciona en la realidad, es necesario dirigir las decisiones de los individuos a través de mecanismos de incentivos. A los pocos días de la celebración de los Nobel, Duflo y Banerjee escriben en *The New York Times*¹⁰ que el mercado no siempre es capaz de generar los incentivos que se necesitan y que son nece-

⁹ Véase: <http://www.editions-croquant.org/les-collections/product/379-misere-du-scientisme-en-economie>

¹⁰ Véase: https://www.nytimes.com/2019/10/26/opinion/sunday/duflo-banerjee-economic-incentives.html?fbclid=IwAR0i3lfb8Dfhg1Fu21x1SNU5cSrO5nwl3g7Q4fkXuUH-0VpWfGmiP1_IXFs

sarias políticas públicas para solucionar los fallos del mercado. Sin embargo, los dos economistas siguen sosteniendo que es necesario corregir los fallos del mercado mirando la economía como una cuestión moral, y nunca política. Pero esto no es del todo cierto, pues los individuos no reaccionan solo a los incentivos monetarios, también realizan acciones de defensa de su estatus individual en la sociedad, como vemos habitualmente en la actuación, por ejemplo, de la clase media. En este caso, la tesis apunta a que sería suficiente ajustar los incentivos sin modificar la estructura institucional y de poderes. Por ejemplo, no explican si es mejor nacionalizar una empresa o reconvertirla en una entidad bajo el control obrero, lo que sí aconsejan es «ofrecer incentivos monetarios a las empresas para mantener el nivel ocupacional» coherentemente con la teoría ortodoxa. Tampoco discuten, en un contexto que mira al mercado global y a la competencia con el exterior, sobre el qué, cómo y por qué se produce. En ese sentido su solución sigue siendo ineficaz (e insuficiente). Y podrían seguir otros ejemplos.

No se preguntan por qué existe la pobreza, sino sobre cómo se puede salir individualmente de ella

Las relaciones sociales, la manera en que se conforman las clases sociales, el nivel de democratización de la economía y el tipo de políticas económicas aplicadas no son neutrales en el estudio de la pobreza. En este sentido, la crítica a la teoría de la utilidad y del *welfare* de otro Nobel (1998), Amartya Sen,¹¹ parece tener finalmente en cuenta algunos de estos elementos. Sen hace hincapié en que centrarse únicamente en las funciones de utilidad de los individuos genera medidas que penalizan precisamente a los individuos que se intenta estudiar para ofrecerles programas eficaces, y ello es debido al hecho de que se pone atención solo sobre los ingresos individuales, excluyendo otras fuentes de heterogeneidad. Por eso, Sen propone que cualquier juicio de pobreza y de estándar de vida «no tiene que basarse en bienes, características o utilidad, sino en algo que puede ser llamado *capacidad* de las personas».¹² Para explicar el significado de su posición, Sen utiliza el ejemplo de la bicicleta: «es claramente un producto material, pero si nos concentramos en su funcionalidad, garantiza el movimiento de una persona. La bicicleta, entonces, da a la persona una capacidad de movimiento que no hubiera tenido sin bicicleta».¹³ Es cierto también que no todos los individuos pueden acceder al mismo grupo de capacidades debido a razones sociales y económicas. Siguiendo el ejemplo de la bicicleta, no todas las personas

¹¹ A.K. Sen, «Social justice and distribution of income» en A. B. Atkinson y F. Bourguignon (eds.), *Handbook of income distribution*, North Holland, Amsterdam/Oxford, 2000.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

pueden acceder al producto material que tiene la función de medio de transporte y, por ello, no todos pueden acceder a la capacidad de desplazarse (moverse). En este caso, las condiciones históricas, políticas y sociales que comentábamos antes pueden ser incluidas en la definición multidimensional de Amartya Sen a diferencia del planteamiento micro-económico de los recién laureados Nobel.

Esto significa también que las pretensiones de racionalizar todas las decisiones individuales del sujeto pobre fracasan si se excluyen los elementos sociales e institucionales que son por naturaleza dinámicos y están basados en relaciones sociales, y donde la presunta libertad individual garantizada por el mercado de hecho no existe. Por esto, los “randomistas” dan la razón a Margaret Thatcher cuando estigmatizaba a los más pobres afirmando que «no existe la sociedad, existen los individuos, hombres, mujeres y familias. Por eso, los gobiernos no tendrían que intervenir sino a través de los propios individuos, y las personas tendrían que mirarse a sí mismas».¹⁴

De hecho, estudiar la pobreza en este sentido y analizar programas específicos a nivel local e individual significa estar de acuerdo con la teoría neoliberal del *Welfare*: dirigir las ayudas y políticas públicas del Estado exclusivamente a los más pobres de modo que la injerencia del Estado y del gasto público sean mínimos.

Walter Korpi y Joakim Palme han criticado esta teoría con la *paradoja de la redistribución*:¹⁵ cuanto más intenta el Estado minimizar sus acciones con transferencias que miran exclusivamente a los más pobres, más ineficaz es el resultado en términos de desigualdad y lucha contra la pobreza. El planteamiento metodológico de Barenjee, Duflou y Kremer parece generar y alimentar esta paradoja ayudando a la evaluación y creación de políticas públicas siempre más microfundadas y dirigidas a los más pobres.

La pobreza es una elección política

Jason Hickel afirma que la pobreza es una elección política y Alberto Cimadamore, Gabriele Koehler y Thomas Pogge¹⁶ lo corroboran cuando señalan que una de las razones por las que falló el primero de los Objetivos de Desarrollo del Milenio –erradicar la pobreza extrema y el hambre– es el rechazo por parte de Naciones Unidas y de los gobiernos nacionales a eliminar las políticas económicas que de hecho generan pobreza. Además, Hickel añade

¹⁴ Véase: <https://www.ft.com/content/d1387b70-a5d5-11e2-9b77-00144feabdc0>

¹⁵ W. Korpi, J. Palme, «The paradox of redistribution and strategies for equality: welfare state institutions, inequality and poverty in the western countries», *American Sociological Review*, Vol. 63, núm. 5, 1998, pp. 661-687.

¹⁶ A. Cimadamore, G. Koehler y T. Pogge (eds.), *Poverty and the Millennium Development Goals: a critical look forward*, Zed Books, 2016.

que la estructura de la economía global actual es intrínsecamente desigual y no permite ninguna posibilidad efectiva de erradicar la pobreza.¹⁷ La idea por la que Hickel piensa que la pobreza es una decisión política está basada en lo que Marx llamaba «ley de centralización del capital», según la cual los capitales individuales atomizados de los países en desarrollo se ven absorbidos y centralizados por los grandes capitales en el mercado global. En ese sentido, la razón por la que Occidente es más productivo no es una cuestión de complementariedad entre las capacidades de los trabajadores que fabrican productos más complejos (en Asia también se fabrican productos tecnológicos y de electrónica como Apple, Huawei, etc.) como sostiene la teoría O-Ring que Michael Kremer introdujo en el 1993.¹⁸ Es una cuestión, más bien, de cómo funciona el capitalismo, y no es una sorpresa que el proceso de acumulación en las regiones más pobres sea extremadamente lento y la distancia con el Occidente rico no disminuya, sino que aumente. Ingenuamente podríamos preguntarnos por qué los recientes Nobel nunca se han planteado el problema de estudiar el efecto de las deslocalizaciones productivas, de la fragmentación del proceso productivo, de las largas cadenas del valor.

En este planteamiento, que excluye la crítica del sistema económico actual y que, en su lugar, legitima los fundamentos teóricos establecidos, confirmando una sociedad individualista y atomizada, el “repensamiento radical de la lucha contra la pobreza global” está desatendido. Si los Nobel y todo el pensamiento dominante no comprende esta cuestión, sería necesario que nosotros empezáramos a pensar seriamente sobre los temas de desigualdad y pobreza dentro un cuadro teórico diametralmente opuesto, volviendo finalmente a los economistas clásicos.

¹⁷ J. Hickel, *The divide: a brief guide to global inequality and its solution*, Cornerstone/Windmill Books, Londres, 2017.

¹⁸ M. Kremer, «The O-Ring theory of economic development», *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 108, núm. 3, agosto de 1993, pp. 551-575.